

# RELACIONES ENTRE GALLEGUISMO Y CATALANISMO (1840-1918)

JUSTO BERAMENDI

*Universidade de Santiago de Compostela*

En lo que sigue vamos a describir la influencia ejercida por el catalanismo político sobre su homólogo gallego desde el comienzo de ambos fenómenos en la primera mitad del siglo XIX hasta la Gran Guerra, que es cuando realmente finaliza ese siglo desde el punto de vista histórico, aunque no desde el cronológico. Quedan fuera, por tanto, el período de entreguerras y la segunda mitad del siglo XX, y ello tanto por falta de espacio como, sobre todo, porque a partir de los años veinte esas relaciones dejan de ser exclusivamente bilaterales para convertirse en trilaterales con el inicio de los contactos entre el nacionalismo gallego y el vasco que hasta ese momento habían sido prácticamente inexistentes. Y esto, obviamente, introduce un cambio cualitativo en nuestro objeto de estudio.

## EL NACIMIENTO DEL PROVINCIALISMO GALLEGO

Las primeras manifestaciones del provincialismo gallego se producen en el sexenio 1840-1846. Empieza, pues, muy poco después que el catalán. Pese a esta sincronía hay diferencias decisivas entre ambos. Al contrario que en Galicia, que no las tuvo nunca, Cataluña había conservado sus instituciones corporativas de autogobierno hasta principios del siglo XVIII e incluso se había comportado como una protonación en la rebelión de mediados del siglo XVII. La Iglesia catalana no había sufrido un proceso de castellanización tan completo como la gallega. Y, pese a la política castellanizante de los Borbones, la lengua catalana no había sido totalmente reclusa en la pura oralidad de campesinos y clases populares urbanas, como en cambio había sucedido en Galicia desde hacía mucho tiempo. En consecuencia, la

sociedad gallega carecía totalmente en el primer tercio del siglo XIX de esa difusa conciencia social de personalidad cultural, histórica e incluso política (al menos en un pasado relativamente próximo y real, no mítico) que se conservó en Cataluña y que era un evidente factor favorable al desarrollo de movimientos descentralizadores y reivindicadores de esa identidad colectiva.

En cambio, en Galicia todos los parámetros endógenos salvo uno (la etnicidad que, por sí sola, es una materia prima inerte) actuaban en contra: la profunda castellanización de la Iglesia, nobleza e hidalguía desde el siglo XVI, la inexistencia de instituciones de autogobierno que creasen en las élites una identidad política y unos intereses propios,<sup>1</sup> el carácter foráneo (catalán, vasco, maragato) y disperso de los pequeños focos de burguesía moderna y la función de rotundo marcador social negativo de la lengua gallega y la cultura autóctona. Por todo ello los desencadenantes del provincialismo habían de tener origen exógeno y su desarrollo un arraigo social muy problemático. Dos son los principales estímulos que, potenciándose recíprocamente, alumbran y alimentan el fenómeno provincialista. El primero es la asunción, por una parte minoritaria de la intelectualidad, de ese interés romántico, que se difunde por toda Europa sobre todo a partir del reflujó restaurador de 1815, por la singularidad presente y pasada de los pueblos, por su historia (y muy en especial por la medieval), su lengua, sus instituciones consuetudinarias, su folklore y, en suma, su singularidad. El segundo estímulo, más político e hispánico, es la pugna en torno a dos modelos muy distintos de revolución liberal y de Estado. Uno, democratizante y descentralizador, se manifiesta principalmente a través del juntismo filofederal hasta 1843, pero no conseguirá imponerse; el otro, liberal-moderado, autoritario, centra-

1. La Junta de Galicia, formada por procuradores de las cinco ciudades-diócesis de señorío eclesiástico (Santiago, Ourense, Lugo, Mondoñedo y Tui) y las dos de realengo (A Coruña y Betanzos), había funcionado desde el siglo XVI pero carecía de verdaderas competencias de autogobierno, pues sus funciones se limitaban a elevar peticiones al Rey y ayudarle en el reparto de impuestos y en el alojamiento de tropas. No es comparable, por tanto, ni a las Cortes-Generalitat de los reinos de la Corona de Aragón ni a las Juntas Generales-Diputaciones Forales de las provincias vascas o las Cortes del reino de Navarra.

lista y uniformista, reserva a una minoría poderosa el ejercicio efectivo de los derechos políticos, y es el que prevalece. En Galicia, esto da lugar, en un pequeño sector de la izquierda liberal, al maridaje de progresismo político y creciente identificación con determinados aspectos del legado histórico. He aquí la característica principal del primer embrión provincialista.<sup>2</sup>

La vinculación de casi todos los primeros provincialistas gallegos al partido progresista es muy clara desde el principio. Así se pone de manifiesto ya en las oleadas juntistas de 1840 y 1843. En la Junta de Santiago constituida el 24 de julio de 1840 encontramos dos destacados progresistas, que figuran también en el núcleo del primer provincialismo, el abogado Pío Rodríguez Terrazo y el médico Hipólito Otero, ambos significados compradores de bienes desamortizados. Los estudiantes universitarios agrupados en la Academia Literaria, que son el grueso del provincialismo en ese momento, apoyan a la Junta, y el joven Antonio Neira de Mosquera se estrena literariamente con una poesía en loor del movimiento. En septiembre se pronuncia el Ejército en diversas ciudades (Vigo, Ferrol, A Coruña, Santiago) y proliferan las Juntas locales que inmediatamente acuerdan constituir una Junta Superior Central de Galicia, al modo de otras de la Península, con el objetivo expreso de gobernar el país gallego en tanto no se formase el gobierno central. En 1843 los progresistas ganan las elecciones en Galicia y dominan la Junta de Santiago, donde encontramos de nuevo a Rodríguez Terrazo. Una vez más, se forma una Junta Central de Galicia (el 15 de julio en Lugo), que se propone, como todo el *centralismo* español de 1843, la constitución de una Junta Central de España que aplicase íntegramente el programa progresista y remodelase el Estado de abajo a arriba en clave federal. El fracaso del juntismo de 1843, minado por sus propias disensiones internas, permite a los moderados, en Galicia igual que en toda España, iniciar un ascenso que los hará dueños del poder en 1844-1845. Esto provoca en Galicia

2. Sobre el primer provincialismo gallego, *vid.* Xosé Ramón BARREIRO FERNÁNDEZ, *El levantamiento de 1846 y el nacimiento del galleguismo*, Santiago: Pico Sacro, 1977; y Justo BERAMENDI, *De provincia a nación. Historia do galleguismo político*, Vigo: Xerais, 1977, ps. 71-104.

diversos conatos de resistencia progresista que no se materializarán en un levantamiento hasta abril de 1846. Al hilo de todos estos acontecimientos comienza en el seno del progresismo gallego la gestación de un corpus ideológico diferenciado, el provincialista, y su difusión.

Aunque en estos momentos iniciales a veces no es fácil distinguir quién es propiamente provincialista y quién progresista sin más, la aplicación de ciertos criterios de identificación ideológica nos ha permitido censar unas setenta personas, de las que un 70% se concentraba en Santiago y el resto se distribuía por A Coruña, Lugo, Ferrol, Pontevedra y Vigo. Casi la mitad eran estudiantes universitarios y en el resto predominaban las profesiones liberales, los profesores y los funcionarios. Aproximadamente las tres cuartas partes eran progresistas y el resto de orientación moderada. Es de destacar la ausencia casi total de tradicionalistas.

La mayoría de estas personas se agrupaba en la Academia Literaria de Santiago, reorganizada en 1840 gracias a la iniciativa de su primer vicepresidente, el militar progresista Domingo Díaz de Robles. Entre los socios fundadores figuraba la plana mayor del provincialismo: Antolín Faraldo y sus hermanos, Antonio Neira de Mosquera, Antonio Romero Ortiz, Augusto Ulloa, José M<sup>a</sup> Posada, Francisco Añón, Alberto Camino, Leopoldo Martínez Padín, los hermanos Rúa Figueroa, etc. Observamos la presencia de casi todos los llamados precursores del *Rexurdimento* literario posterior. En enero de 1843, el historiador liberal José Vereá i Aguiar, introductor del celtismo en la historiografía gallega<sup>3</sup> y entonces ya con 68 años, fue propuesto como socio de honor en reconocimiento a la importancia de su obra, «monumento levantado para restaurar nuestra nacionalidad», según Neira de Mosquera. La Academia sirve de foro a una renovación de ideas entonces imposible en las aulas universitarias. Por los asuntos que se debatían sabemos que recibían la influencia del pensamiento más avanzado de Europa, desde la orientación renovadora del

3. Con su *Historia de Galicia Primera parte que comprende los orígenes y el estado de los pueblos septentrionales y occidentales de España antes de su conquista por los romanos. Aprobada por la Academia de la Historia en el año 1832*, Ferrol: Imp. Taxonera., Nicasio Taxonera, 1838.

Derecho y el sistema penal al socialismo utópico de Charles Fourier, pasando por formulaciones pioneras de la igualdad plena de derechos para la mujer.

El medio predilecto de actuación de los provincialistas fue la prensa. El número de cabeceras que sostienen en estos seis años es realmente notable, aunque esto no debe inducir una falsa impresión de fuerza, pues se trata en realidad de revistas con tiradas cortas y vida económica muy precaria que, en consecuencia, suelen morir a los pocos meses o semanas para ser una sustituida por la siguiente. En general dependen de la munificencia de algún provincialista adinerado y de la facilidad de pluma de dos o tres jóvenes.<sup>4</sup> El pensamiento que inspira estas publicaciones se caracteriza por el talante literario-romántico, el cristianismo social de influencia francesa (sobre todo de Lammenais), el historicismo introducido por Antolín Faraldo y un liberalismo preferentemente progresista, pues como proclamaba el propio Faraldo: «¿Qué tiene, pues, el siglo XIX? *La libertad*».<sup>5</sup>

Pero, obviamente, si cabe hablar de provincialismo es porque estas ideas genéricas tenían en ellos un objeto preferente de aplicación: Galicia. Por eso rechazan con energía las descalificaciones pasadas y presentes de lo gallego y, en contraposición, practican su loa y vindicación sistemáticas. Este patriotismo primario los lleva, para justificar sus fundamentos, al estudio de las glorias e *independencia* pretéritas, lo que hace nacer la historiografía galleguista, cuyas primeras manifestaciones son los artículos de Faraldo en *El Recreo Compostelano* en 1842 y la *Historia de Galicia* (1849) de Leopoldo Martínez Padín. Por otra parte, la constatación del atraso socioeconómico del país les hace formular un vago programa de desarrollo, la *Grande Obra*

4. En Santiago se suceden, dirigidas y redactadas por algunos de los ya citados, *El Iris del Bello Sexo / El Iris de Galicia* (1841), *El Idólatra de Galicia* (1841-1842), *Revista de Galicia* (1841-1842), *Santiago y a ellos* (1842), *El Recreo Compostelano* (1842-1843), *El Emancipador Gallego* (1842), *La Situación de Galicia* (1842-1843), *La Aurora de Galicia* (1845), *El Porvenir* (1845) y *La Armonía* (1845-1846). En A Coruña, destacan *El Centinela de Galicia* (1843-1844) y *El Fomento de Galicia* (1845).

5. «La libertad como pensamiento político y literario», *El Recreo Compostelano*, nº 12, 26-6-1842, ps. 183-187.

faraldiana,<sup>6</sup> que persigue además la unificación política interior para incrementar el peso de Galicia hacia el exterior. La lengua es reconocida ya como factor de especificidad, aunque de momento con menor rango que la historia propia. Y su práctica culta, a pesar de las primeras poesías de Domingo Camino, Francisco Añón, Juan Manuel Pintos y otros, se mantiene en la muy baja cota de los decenios precedentes. No obstante, Galicia (*patria, reino, provincia*) no se concibe todavía como verdadera nacionalidad diferenciada, por lo que siguen asumiendo su pertenencia a la nación española y ni siquiera precisan un modelo claro de descentralización política de España.

La conexión con el provincialismo catalán, de momento básicamente literaria, se da desde el principio, especialmente a través de Víctor Balaguer, que publica colaboraciones tanto en *El Recreo Compostelano* (1842-1843), de Antonio Neira de Mosquera y Antolín Faraldo, como en *El Porvenir* (1845), de Antolín Faraldo y los hermanos Rúa Figueroa. En este último (nº 5, p. 40), Balaguer dedica una poesía «a mi buen amigo Don Antolín Faraldo». Hay también menciones elogiosas a Mañé i Flaquer y a la revista barcelonesa *El Genio*, en la que publican Neira, Faraldo y Benito Vicetto.

Pero además, y quizá esto sea más importante, Cataluña y el incipiente catalanismo actúan desde el principio como el gran modelo a emular tanto en lo cultural-nacional como en lo socioeconómico. Preocupaba a los provincialistas gallegos, como era inevitable, que Galicia fuese quedando atrás en el desarrollo económico. Por ejemplo, Díaz de Robles,<sup>7</sup> tras pasar revista al desierto industrial gallego, veía en la costa de las Rías Bajas «á los industriosos catalanes con sus almacenes de salazón, mofarse de nuestra estupidez y de nuestro corto ingenio para la industria». Por su parte, Faraldo lamentará la ausencia en Galicia de una «gran ciudad» que actuase como polo cohesionador del país y motor de desarrollo, en clara referencia a Barcelona.<sup>8</sup>

6. A. FARALDO, «Estudios de Galicia. 2º», *Ibid.*, nº 19, 11-10-1842, ps. 293-296.

7. «El sueño patrio», *El Idólatra de Galicia*, Santiago, nº 1, 2-10 (1841), ps. 1-5. *Vid.* también los editoriales sin firma de *El Porvenir* de 31 de marzo y 11 de abril de 1845.

8. Artículo sin título, *El Porvenir*, 28-8-1845.

En cualquier caso, estos primeros pasos provincialistas acaban pronto y trágicamente. El 2 de abril de 1846, el comandante Miguel Solís, que ni era provincialista ni siquiera gallego, inicia en Lugo un pronunciamiento progresista que encuentra inmediatamente eco en otras ciudades y villas. A pesar de que el programa de los alzados es exclusivamente progresista-español, de que no menciona ninguna medida descentralizadora y ni siquiera cuestiona la división provincial de 1833, las peripecias de este episodio (encuentros armados con las tropas fieles al gobierno moderado, derrota final de los sublevados y fusilamiento de Solís y sus oficiales en Carral el 26 de abril) se convierten en inmediato en el hito fundacional del galleguismo político y le proporcionan unos primeros mártires que, paradójicamente, no eran galleguistas.

Esto se explica por el indudable protagonismo de los provincialistas en el apoyo civil al levantamiento, del que fueron su cabeza política. Manuel Rúa Figueroa fue nombrado alcalde de Santiago y los puestos clave de la Junta compostelana recayeron en Rodríguez Terrazo (presidente) y Romero Ortiz (secretario). El primero presidió también la inevitable Junta Superior de Galicia, de la que fue secretario Faraldo, quien además está detrás de los principales textos que se publican en *La Revolución*, su órgano oficial. La influencia provincialista no tiene más manifestación pública que ciertas expresiones de los manifiestos, como la promesa de «defender la libertad y el país gallego de las concupiscencias del centralismo», y el conocido párrafo del Parte Oficial de 15 de abril en el que se promete el engrandecimiento de Galicia, hasta ese momento «verdadera colonia de la Corte».

## EL SEGUNDO PROVINCIALISMO GALLEGO (C. 1850 - C. 1885)

La derrota de 1846 y la inevitable represión que sigue marcan una cesura en la infancia del galleguismo al provocar la desbandada del grupo compostelano. Los más comprometidos han de exiliarse y muchos desaparecen del escenario provincialista, bien por muerte prematura (Faraldo, Neira, Martínez Padín), bien porque se afincan en Madrid donde algunos evolucionan hacia un liberalismo más templa-

do e incluso hacen grandes carreras políticas, como Antonio Romero Ortiz o Augusto Ulloa. Se produce, pues, una drástica renovación generacional. No obstante, al principio permanecen los suficientes para tender un puente hacia los que vienen detrás creando en Santiago un centro que cumple en los años cincuenta una función similar a la de la Academia Literaria de los cuarenta: el Liceo de la Juventud, en cuyo seno se forma buena parte de la segunda hornada de provincialistas, casi toda nacida entre 1830 y 1840: Manuel Murguía, Aurelio Aguirre, Eduardo Pondal, Luis Rodríguez Seoane, Rosalía de Castro, los hermanos De la Iglesia, etc. Estos jóvenes tienen clara conciencia de ser herederos de sus mayores y hacen de 1846 su punto de referencia. En los lustros siguientes el provincialismo, que sólo duplicará sus efectivos en las tres décadas siguientes y continuará con idéntica matriz social, irradiará desde el foco compostelano hacia otros lugares, especialmente A Coruña y Vigo.

El instrumento preferido de la actividad provincialista sigue siendo una prensa tan numerosa como inestable,<sup>9</sup> y en relación con ella la publicística y la acción cultural. Al contrario que el primero, este segundo provincialismo nunca actúa políticamente como tal y por tanto carece totalmente de organización. Los adeptos al provincialismo lo son sólo en el plano de las ideas y la pluma. Cuando algunos, pocos, se meten en política, no lo hacen como provincialistas, sino como progresistas o, en menor medida, como demócratas o como moderados. Esto es más acusado aún durante las convulsiones del sexenio 1868-1874. Además, la bandera de la descentralización política es monopolizada ahora por una fuerza de filiación distinta y referente nacional español: el republicanismo federal. Y aunque en Galicia algunos federalistas muestran claras proclividades galleguistas, como el alcalde compostelano Sánchez Villamarín y su Centro de Iniciativas

9. Las principales cabeceras, de las 31 de carácter más o menos provincialista que se publican en este período, son *El Clamor de Galicia* (A Coruña, 1854-1856), *La Oliva* (Vigo, 1856-1857) y su sucesor *El Miño* (1857-1868), *Galicia. Revista Universal de este Reino* (A Coruña, 1860-1866), *Diario de La Coruña* (1858-1866), *El Pensamiento de Galicia* (Ferrol, 1865-1866) y *Diario Ferrolano* (1867-1868), *Diario de Santiago* (1872-1878), *El Heraldo Gallego* (Ourense, 1874-1880), *O Tío Marcos da Portela* (Ourense, 1876-1888) y *La Ilustración Gallega y Asturiana* (Madrid, 1878-1882).

para Galicia, no pasan de ser una tendencia minoritaria dentro del federalismo gallego.

Por tanto, el galleguismo en este período es simplemente una corriente de opinión entre las élites del país. De aquí que los únicos aspectos que merecen atención sean el desarrollo de la historiografía, el renacimiento literario del gallego y la evolución teórico-ideológica. Veamos qué relaciones hay con el catalanismo en cada uno de ellos, aunque en estos años más que de relaciones hay que hablar de paralelismos imperfectos.

Empecemos por el *Rexurdimento*, que se inicia algo después que la *Renaixença* y con menor empuje. Aparte de las pocas poesías sueltas en gallego que aparecen en la prensa provincialista desde el principio, hay que esperar a 1853 para que se publique en Pontevedra *A gaita gallega*, de Juan Manuel Pintos, primer libro en un gallego aún muy trufado de castellano, al que acompaña una especie de diccionario. La motivación provincialista del autor queda clara en el prólogo. En 1860-1861, los hermanos De la Iglesia sacan en A Coruña *O Vello do Pico Sagro*, publicación dudosamente periódica pero íntegramente en gallego y en la que reluce un estridente patriotismo español con motivo de la guerra de África. El 2 de junio de 1861 esta misma ciudad presencia el jalón inaugural del resurgimiento, que evidencia la voluntad de imitar la senda iniciada en Cataluña dos años antes. Son los primeros Juegos Florales de la Galicia contemporánea. No obstante, la diferencia con el modelo catalán es notable, pues en el certamen gallego el predominio de las composiciones en castellano es abrumador y sólo se premia, y con un accésit, una poesía en gallego, *A Galicia*, de Francisco Añón. La Memoria que lee el secretario, Antonio de la Iglesia, en la que defiende el uso del gallego, está también en castellano. Pontevedra siguió el ejemplo coruñés con sus Juegos de 10 de agosto.<sup>10</sup> En 1862 se publica el *Album de la Caridad*, que recoge los

10. Hasta la Gran Guerra menudean en Galicia la organización de juegos florales o certámenes similares. Pero habrá que esperar a 1891 para que la Asociación Regionalista Gallega organice en Tui los primeros íntegramente en gallego. Para más detalles sobre esto *vid.* Carme HERMIDA, *Os precursores da normalización. Defensa e reivindicación da lingua galega no Rexurdimento (1840-1891)*, Vigo: Xerais, 1992.

trabajos presentados a los Juegos coruñeses y un *Mosaico poético de nuestros vates gallegos contemporáneos*, antología bilingüe en la que, sin embargo, figuran ya cuarenta poetas en gallego.<sup>11</sup> En 1863, Rosalía de Castro publica sus *Cantares gallegos*, considerados unánimemente como el gran salto cualitativo de este renacer. Algo después aparecen las primeras gramáticas gallegas de cierta entidad (Francisco Mirás, 1864; Saco y Arce, 1868). La plenitud llega en la Restauración cuando, amén de multiplicarse la nómina de autores en poesía y prosa, los tres grandes poetas del momento consolidan para siempre el gallego literario: Rosalía de Castro (*Follas Novas*, 1880), Eduardo Pondal (*Queixumes dos pinos*, 1886) y Manuel Curros Enríquez (*Aires da miña Terra*, 1880; *O Divino Sainete*, 1888). La antología de Antonio de la Iglesia, *El Idioma Gallego* (A Coruña, 1886), es una excelente síntesis del devenir del *Rexurdimento* decimonónico que, dado el menosprecio que sentía hacia la lengua autóctona la mayor parte de los sectores letrados y con poder del país, tuvo que avanzar en condiciones muy duras.

También se puede establecer un paralelismo entre el nacimiento de la historiografía gallega y el de la catalana, pero aquí el galleguismo político empieza a demostrar una clara independencia discursiva respecto del catalanismo. En efecto, así como Benito Vicetto se puede considerar un imitador de Víctor Balaguer en su enfoque de la historia,<sup>12</sup> en cambio Manuel Murguía bebe en fuentes europeas (sobre todo francesas) y apenas si cita a autores catalanes. Si sigue un modelo este es claramente el de Modesto Lafuente. Como ocurre con muchos

11. *Album de la Caridad. Juegos Florales de La Coruña en 1861, seguido de un mosaico de nuestros vates gallegos contemporáneos. Edición costeada por Don José Pascual López Cortón a cuyas expensas se celebraron dichos Juegos Florales*, La Coruña: Imp. del Hospicio Provincial, 1862.

12. Como buen romántico tardío, Vicetto cultiva tanto la novela histórica (*Los reyes suevos en Galicia. Novela, Los hidalgos de Monforte*) como una escritura de la historia más preocupada por el efecto literario que por su veracidad: *Historia de Galicia*, 2 vols., A Coruña: Imp. de Castor Míguez, 1861; e *Historia de Galicia*, 7 vols., Ferrol: Nicasio Taxonera ed., 1865-1873. Su éxito de público contribuyó a avivar ese interés por las raíces propias que inundó las revistas de artículos históricos, leyendas y folklore, y ayudó a propagar una incipiente conciencia diferencial al difundir la creencia en una raza (celta) y un *Volksgeist* gallego.

historiadores del siglo XIX, la reconstrucción del pasado que hace Murguía tiene una gran significación ideológica, nacionalizadora, que desborda con mucho el ámbito de la pura historiografía. Y así, en el «Discurso Preliminar» y las «Consideraciones Generales» de 1865<sup>13</sup> sienta las bases del ulterior concepto de Galicia-nación que nucleará las ideologías galleguistas durante un siglo.<sup>14</sup> Esta obra supone además una renovación metodológica que sitúa a Murguía en la transición del romanticismo al positivismo.

En todo caso, la inanidad política de este segundo provincialismo hace que las relaciones con el catalanismo, salvo en lo ya indicado, no tengan demasiada relevancia.

#### LA FASE REGIONALISTA (1885-1916)

Pero eso cambia cuando, ya en la Restauración, los dos provincialismos evolucionan a regionalismos. Ahora las relaciones se intensifican y se hacen más políticas.

El fracaso de la Primera República y el reflujó ordenancista y centralista de la monarquía restaurada, amén de crear un marco político diferente, implica una experiencia traumática para toda la izquierda liberal. La liquidación de la última carlistada lo es también para el tradicionalismo. Nada tiene de extraño, pues, que en la primera década del nuevo régimen proliferen revisionismos y adaptaciones a uno y otro lado. En lo que a Galicia y a nuestro tema se refiere interesa

13. Estos textos abren su *Historia de Galicia*, 2 vols., Lugo: Imp. Soto Freire, 1865-1866. Más adelante, ya en su etapa regionalista, la continuará con los tomos tercero (A Coruña: Lib. de D. Andrés Martínez Salazar, 1888) y cuarto (A Coruña: Lib. de D. Eugenio Carré, 1891). Y aún dejaría incompleto el tomo quinto, del que sólo se publicó una parte en 1913 (A Coruña: Imp. Ferrer). Otras obras suyas de interés historiográfico son *El Foro. Sus orígenes, su historia, sus condiciones*, Madrid: Lib. de Bailly Bailliere, 1882; *Galicia. Sus monumentos y artes. Su literatura e historia*, Barcelona: Daniel Cortezo, 1888; y *Don Diego Gelmírez*, A Coruña: Lib. de E. Carré, 1898.

14. Un análisis de la ideología murguiana y su evolución en Justo BERAMENDI, 2007, *op. cit.*, ps. 171-200.

señalar dos fenómenos: la deriva de un sector minoritario del tradicionalismo gallego hacia el galleguismo, en el que introduce por primera vez una tendencia defensora de los viejos valores; y el declive del federalismo, un pequeño sector del cual se aproxima también al galleguismo, en cuyo seno constituye su ala izquierda.

Esto produce en el regionalismo gallego,<sup>15</sup> a partir de 1885-1890, una diversificación ideológica, de modo que coexisten en su seno tres tendencias:

- a) la liberal, cuya cabeza sigue siendo Manuel Murguía,<sup>16</sup> es la heredera directa del provincialismo y continúa aspirando al desarrollo capitalista de Galicia, a su modernización social y a la consiguiente eliminación de estructuras e instituciones arcaicas. En lo político, pretende la autonomía, una democratización auténtica, aunque más templada que la de los federalistas, y la galleguización política y cultural del país. Apela, pues, a los sectores más progresivos de la burguesía y al conjunto de los grupos sociales intermedios urbanos;
- b) la federalista, encabezada por el lucense Aureliano J. Pereira.<sup>17</sup> Es la de menor peso. Injerta el extremo democrático-republicano en el galleguismo y busca su base social en el campesinado y en los sectores más radicalizados de la pequeña burguesía y el artesano-urbanos; y

15. Para las dimensiones ideológica, organizativa y social del regionalismo gallego, *vid.* Ramón MÁIZ, *O Rexionalismo galego. Organización e ideoloxía. 1886-1907*, Sada: Ed. do Castro, 1984; y Justo BERAMENDI, 2007, *op. cit.*, ps. 231-412.

16. Los principales escritos del Murguía ideólogo en esta etapa son «¿Qué es nación?», *La Región Gallega*, Santiago, nº 1, octubre 1886, p.1; *El regionalismo gallego. Ligeras observaciones por... al discurso leído por el señor D. Antonio Sánchez Moguel en su recepción en la Real Academia de la Historia, de Madrid, el 8 de diciembre de 1888*, La Habana: Imp. y Papelería La Universal de Ruiz y Hno, 1889; y «Donde estábamos, estamos», *La Patria Gallega*, nº 1, 1892, ps.1-3.

17. Procedente del republicanismo federal y director del *Diario de Lugo* y del también lucense *El Regional*, era un ideólogo de poca consistencia teórica que se expresaba sobre todo a través de los artículos de prensa (*vid.* una relación de los más relevantes en J. Beramendi, 2007, *op. cit.*, ps. 1178, 1179)

- c) la tradicionalista, cuya figura principal es Alfredo Brañas.<sup>18</sup> Centra su ideología en el catolicismo integrista y la defensa del retorno al pasado. Hostil al capitalismo y al liberalismo, propugna un corporativismo tanto económico como político y, en consecuencia, su propuesta descentralizadora implica en buena medida la resurrección de los antiguos privilegios o «libertades» de reinos, municipios, gremios y corporaciones.

Estas tres tendencias, por encima de sus discrepancias, comulgan en la idea de que Galicia es una región/nacionalidad *per se* que, en cuanto tal, tiene derecho a la regeneración de los rasgos culturales y lingüísticos propios y, sobre todo, a una autonomía política, instrumento indispensable para la resolución de sus problemas.

En clara continuidad con el provincialismo, la prensa<sup>19</sup> y los actos de promoción y divulgación político-cultural siguen siendo las vías mayores y cotidianas de la actuación regionalista. Pero hay en esto un cambio notable con el nacimiento de las primeras organizaciones políticas exclusivamente gallegas que, no por débiles y efímeras, dejan de ser un salto cualitativo en su devenir, pues implican la ruptura irreversible con esa matriz partidaria española en que había permanecido durante su primer medio siglo de existencia. En efecto, las tres tendencias mencionadas confluyen en la creación de la Asociación Regionalista Gallega (1890-1893), cuyo núcleo inicial es el Comité Cen-

18. Catedrático de Derecho en Santiago, sus principales escritos regionalistas son *El regionalismo. Estudio sociológico, histórico y literario*, Barcelona: Jaime Molins, 1889; *La crisis económica en la época presente y la descentralización regional*, Santiago: Imp. de J.M. Paredes, 1892; y *Bases del regionalismo y su aplicación a Galicia*, 1893 (inédito).

19. Las principales cabeceras, casi todas semanarios, del regionalismo fueron: *Galicia* (A Coruña, 1887-1889/1892-1893), *O Novo Galiciano* (Pontevedra, 1888), *A Monteira* (Lugo, 1889), *La pequeña patria* (Santiago, 1890-1891), *La Patria Gallega* (Santiago, 1891-1892), *El Regionalista* (Santiago, 1893), *La Defensa de Galicia* (Ourense, 1893), *La Tierra Gallega* (La Habana, 1894-1896), *Revista Gallega* (A Coruña, 1895-1907) y *A Nosa Terra* (A Coruña, 1907-1908). Obsérvese que en esta etapa aparecen los primeros periódicos en gallego. También surgen las dos primeras editoriales galleguistas, la Librería Gallega de Eugenio Carré y la Biblioteca Gallega de Andrés Martínez Salazar, ambas en A Coruña.

tral Regionalista, que se constituye en Santiago en noviembre de 1890 bajo la presidencia de Manuel Murguía, aunque ya hay en él una nutrida presencia del sector tradicionalista (Alfredo Brañas, Salvador Cabeza de León, José Tarrío). En los meses siguientes se forman los comités locales de Lugo, A Coruña, Ourense, Pontevedra y Tui, todos con un número muy reducido de afiliados. El programa de la Asociación, inevitablemente vago para que pudiera ser asumido por tirios y troyanos, se sitúa en la línea galleguizadora, descentralizadora y anticaciquil ya expuesta. El origen social de los regionalistas no es muy diferente de la etapa provincialista. Siguen predominando las profesiones liberales, los profesores y otros funcionarios, los intelectuales y, en segundo plano, los comerciantes. Hidalguía, burguesía, artesanos, obreros y campesinos continúan brillando por su ausencia. Estas mismas características se repiten con pequeñas variaciones en el caso de la Liga Gallega de A Coruña, así como en el conjunto de todos los regionalistas entre 1886 y 1916, cuyo número total oscila entre los trescientos y los quinientos según los momentos.

La actividad política de la Asociación Regionalista Gallega fue muy pequeña: publicación de *La Patria Gallega* (1891-1892), su órgano oficial; presentación de una candidatura municipal en Santiago, que consigue en 1891 una concejalía para José Tarrío, gracias a la tolerancia de liberales y conservadores; esfuerzo propagandístico con motivo del traslado de los restos mortales de Rosalía desde Padrón a su actual panteón en la iglesia de Santo Domingo de Santiago; organización de los Xogos Frorais de Tui; y poco más. La tensión entre tradicionalistas y liberales, especialmente aguda en Santiago, al incidir sobre unos efectivos de partida muy débiles y políticamente poco definidos ante la sociedad, contribuye a paralizar la organización. La salida de las cabezas del sector tradicionalista del consejo de redacción de *La Patria Gallega* a finales de 1891 pone públicamente de manifiesto la agudización de esas diferencias.

La activa participación de los regionalistas en la Junta de Defensa de Galicia, constituída en 1893 para impedir el proyectado traslado de la Capitanía General de Coruña fuera de Galicia reanimó algo el nivel de actividad pero sólo sirvió para aplazar un poco la desaparición definitiva de esta primera organización galleguista.

Con el traslado de Murguía a Coruña por motivos profesionales el regionalismo liberal se afianza aún más en esa ciudad. Su portavoz oficioso es la *Revista Gallega* (1895-1907), dirigida por Galo Salinas. En 1897, el grupo coruñés funda la Liga Gallega, destinada a «la defensa de los intereses morales, políticos, económicos y sociales de Galicia». La mayoría de sus miembros son coruñeses, aunque tiene pequeños grupos de «corresponsales» en las principales ciudades de Galicia y afiliados aislados en veintiuna villas, así como en Madrid, Barcelona, La Habana y Buenos Aires. Presidida por Murguía y dirigida por un comité integrado por Manuel LUGRÍS, Eugenio Carré y Salvador Golpe, esta segunda organización del galleguismo, a pesar de ser ideológicamente más homogénea que la primera, se muestra aún más inactiva en lo político.

En Compostela y Tui, feudos del regionalismo católico, este languidece mientras Brañas se acerca cada vez más al carlismo. Con todo, en 1898 se siente en la obligación de imitar a los coruñeses y funda la Liga Gallega de Santiago, presidida por Cabeza de León y cuyo secretario era el propio Brañas. De su extrema debilidad da idea el hecho de que necesitó más de un año para publicar su manifiesto. La prematura muerte de Brañas en 1900 hará que esta tendencia permanezca totalmente aletargada dentro del galleguismo hasta que rebrote con fuerza en 1916. En el ínterin sólo algunos discursos y actuaciones del carlista Juan Vázquez de Mella mantendrán presentes en Galicia sus postulados básicos.

En Lugo, la evolución política de Aureliano J. Pereira hacia el partido liberal-fusionista y su marcha a Madrid suponen la extinción del por otra parte marginal regionalismo federalista.

En consecuencia, el regionalismo gallego, desasistido de los poderosos (burguesía, hidalgúa, Iglesia) a pesar de sus apelaciones, ajeno al mundo de los trabajadores urbanos y rurales, sin prender con fuerza en las clases medias que eran su cuna, entra en el siglo xx con una debilidad política extrema, contra la que de momento nada valen su notable bagaje teórico, el prestigio literario y cultural de algunas de sus figuras, ni el hecho de que en sus filas estuviese una porción considerable de la *intelligentsia* del país.

Al hilo de la fundación en Santiago de la Asociación Regionalista

Gallega, los lazos con el regionalismo catalán se estrechan. Las principales plumas del galleguismo colaboran en *La España Regional*,<sup>20</sup> Alfredo Brañas publica en Barcelona su obra mayor, que ejerce alguna influencia sobre jóvenes regionalistas catalanes, como reconocería en su día Francesc Cambó, y lo mismo hace Murguía con su libro *Galicia*. En mayo de 1890, el propio Murguía pronuncia en Barcelona la conferencia *Orígenes y desarrollo del regionalismo en Galicia*, invitado por la Lliga de Catalunya, que será publicada en *La España Regional* ese mismo año. En ese texto, como en sus anteriores de 1886 y 1889, Murguía sitúa la consideración de Galicia y del galleguismo en una cota cuasi nacionalista.

La Asociación Regionalista Gallega utilizó al traslado de los restos mortales de Rosalía desde Iria Flavia a Santiago, que tuvo lugar el 25 de mayo de 1891, como un acto de afirmación política. En esa vena, y para demostrar la fortaleza de sus lazos con el regionalismo catalán, dio toda la publicidad posible al homenaje de la Lliga de Catalunya a Rosalía, consistente en una corona de bronce para el mausoleo y un manifiesto. Estos lazos se pusieron de manifiesto otra vez en 1893 con motivo del levantamiento ciudadano coruñés contra la decisión del gobierno de trasladar la Capitanía General desde esa ciudad a León, lo provocó la dimisión del Ayuntamiento en pleno, amén de manifestaciones, cierre masivo de comercios, disturbios e incluso un amago de huelga fiscal. Para dirigir el movimiento se constituyó una Junta de Defensa, en la que los más activos fueron regionalistas y republicanos federales. A pesar de las duras medidas represivas con que respondió el gobierno, la resistencia arreció. La Junta de Defensa, aparte de reclamar la solidaridad de los alcaldes de las otras ciudades gallegas, pidió ayuda a la Lliga de Catalunya. Y la obtuvo, lo que aumentó el peso de los regionalistas en la Junta.

El encarcelamiento de muy significados ciudadanos hizo que el

20. Por ejemplo, Alfredo BRAÑAS, «El Regionalismo en el Norte de Europa», XIV, 1893, ps. 551-554; Salvador CABEZA DE LEÓN, «El regionalismo y la federación», VIII, 1890, ps. 289-292 e 385-391; IX, 1890, ps. 193-201 e 289-298; y X, 1891, ps. 289-296; Manuel MURGUÍA, «Galicia regionalista», II, 1886, ps. 69-81; y Aureliano J. PEIREIRA, «El Regionalismo», III, 1887, ps. 396-401.

asunto llegase al Congreso. Los únicos que mediaron a favor de los coruñeses, aparte del ex-general Sánchez Bregua, fueron los diputados catalanistas Alsina y Sors quienes, después de una reunión con el fiscal general, consiguieron la excarcelación de los miembros de la Junta, aunque no la anulación de las sanciones ni el procesamiento. A final, el gobierno, por miedo a perder apoyos en Galicia en las próximas elecciones, acabó cediendo: la sede de la Capitanía se trasladaría nominalmente a León (aunque años después volvería a Coruña) pero todas las unidades militares adscritas (que era lo que importaba económicamente) permanecerían en la ciudad gallega.

Resuelto finalmente el pleito de la Capitanía mediante este compromiso, la ARG quedó de nuevo sin saber qué hacer. En un último esfuerzo por reanimarla y desactivar los enfrentamientos internos, Alfredo Brañas, por encargo de sus compañeros, redactó sus *Bases del regionalismo y su aplicación a Galicia*, que son una copia de las catalanas de Manresa. Prueba de ello es que el propio Brañas invitó a Alsina a dar unas conferencias que difundiesen las Bases de Manresa, pero el acto de Santiago fue un fiasco de público y sólo hubo una acogida aceptable en Pontevedra, gracias al apoyo oportunista del conservador González Besada. En todo caso, este enésimo recurso al hermano mayor de Cataluña no salvó a la ARG de su desaparición.

Esta actitud filocatalanista se manifiesta también con fuerza en la prensa regionalista, como lo demuestran los altos porcentajes de artículos y noticias dedicados a Cataluña y el catalanismo en sus principales cabeceras, que llegan a ocupar en *La Patria Gallega*, órgano oficial de la ARG, el 7,4% del total, porcentaje sólo superado por el ítem que agrupa los escritos de fundamentación teórica y autoafirmación del propio regionalismo gallego. Algo similar ocurrirá después con la *Revista Gallega* y con *A Nosa Terra*, órganos oficiosos de la Liga Gallega y de los regionalistas de la época de la Solidaridad, respectivamente.

Las informaciones y comentarios sobre Cataluña y el catalanismo hacen de ellos un ejemplo casi obsesivo. Y así, *La Patria Gallega*, para comparar las actitudes de la Iglesia en Cataluña y en Galicia, reproduce con aprobación un artículo del carlista *El Pensamiento Galaico* en el que se denuncia que de los cincuenta y nueve bispos de la Iglesia

en España solo un es gallego, mientras que en Cataluña todos son catalanes menos uno. Y había motivos para esta denuncia, porque la actitud de la Iglesia gallega hacia el regionalismo era todo menos favorable, salvando algunas excepciones. Por ejemplo, la jerarquía impuso a la muy numerosa e influyente prensa católica de Galicia el silenciamiento del sermón regionalista pronunciado por el canónigo de Tui, Antonio Cerviño, en el marco de los Juegos Florales organizados por la ARG en la ciudad en 1891. Esta censura provocó las quejas de *La Patria Gallega*, que contrastaba este comportamiento con el amplio eco que tuvo ese mismo discurso en la prensa catalanista, y concretamente en *La Veu de Catalunya* y *La España Regional*. Y naturalmente, siempre que había ocasión, la prensa galleguista se solidarizaba con el regionalismo catalán. Tal hizo la *Revista Gallega* en 1897 con motivo de las reacciones españolistas contra el mensaje al Rey de Grecia por el asunto de Creta.

#### SOLIDARIDAD GALLEGA: EL EJEMPLO MÁS CLARO DE IMITACIÓN

La nueva experiencia política que fragua en Cataluña después del incidente del *Cu-cut!* de 1905 y de la aprobación subsiguiente de la Ley de Jurisdicciones llama en seguida la atención tanto del adormecido regionalismo coruñés como de sectores republicanos de la ciudad. Ya el 5 de agosto de 1906, en un artículo titulado «Solidaridad Gallega», la *Revista Gallega* dice que «la redención de Galicia» exige la unión de «carlistas y republicanos, monárquicos y regionalistas, socialistas de todos los matices». Consecuentes con esta idea, los regionalistas resucitan rápidamente la Liga Gallega convocando, después de siete años sin reuniones, una junta general el 21 de agosto, en la que dejan la puerta abierta a la integración de los republicanos. Es evidente que este intento reorganizador se hace en función de la posibilidad de imitar en Galicia el proceso catalán. El 21 de octubre, la revista insiste en la formación de un partido regionalista que acoja a todos los que están extramuros del sistema político de la Restauración para alcanzar «la autonomía regional». En esta ocasión la propuesta parece tener viabilidad porque empie-

zan a llegar respuestas positivas tanto del lado republicano como del tradicionalista.

La visita posterior de los Coros Clavé a Coruña indica un reforzamiento de los lazos con regionalistas y republicanos de Cataluña. Por su parte, el republicano coruñés José Rodríguez, conocido popularmente como el «médico Rodríguez» y Nicolás Salmerón acuerdan en marzo de 1907 el apoyo catalán al proyecto galego. En abril tiene lugar el primer triunfo electoral de Solidaritat Catalana y esto acelera el proceso y multiplica los apoyos. El 26 de mayo, la *Revista Gallega* arrecia en su campaña a favor de seguir el ejemplo catalán y se deshace en elogios a la «culta Cataluña; la región patriota por esencia y excelencia». Y Rodrigo Sanz, un regeneracionista ferrolano afincado en Madrid, exclama en su conferencia de Ferrol: «Bendigamos a Cataluña, a quien corresponde ser la Asturias de esta moderna Reconquista del alma española y agrupémonos bajo la bandera de la Solidaridad para salvar á España, por regiones, como por regiones la hemos salvado cuando la invasión napoleónica».

Aquí se percibe, no obstante, una gran diferencia entre las orientaciones del catalanismo y del galleguismo en este momento. Mientras el primero, a pesar de convivir en la Solidaritat con republicanos federalistas y tradicionalistas, inicia su fase propiamente nacionalista, cuyo hito en el plano discursivo es la publicación en 1906 de *La nacionalitat catalana* de Enric Prat de la Riba, el segundo muestra una inclinación más propia de la variante regionalista del regeneracionismo español, retrocediendo en esto respecto de las formulaciones pronacionalistas que había hecho Murguía, quien consecuentemente se distancia de esta deriva. Es muy significativo en este sentido que en *A Nosa Terra* no se reproduzcan fragmentos de, por ejemplo, el libro de Prat, sino el artículo de Juan Maragall, «¡Viva España!».<sup>21</sup>

En todo caso la convergencia de regionalistas, republicanos, un sector del tradicionalismo gallego encabezado por Juan Vázquez de Mella y algunos regeneracionistas independientes como Rodrigo Sanz acaba cuajando en la fundación de la Solidaridad Gallega en la penúltima semana de julio. La nueva formación es acogida con duros

21. En el nº 19, de 19 de diciembre de 1907.

ataques por los partidos del turno y la prensa afín, mas también por algunos reformistas como Melquíades Álvarez y por los republicanos centralistas, lerrouxistas o no, como el periódico *Tierra Gallega* de Coruña.

Hay que esperar al 14 de septiembre para que, en una reunión celebrada en el Teatro Circo de Coruña, SG apruebe su programa.<sup>22</sup> Las profundas divisiones internas se pusieron de manifiesto ya en ese primer acto público, sobre todo por parte del médico Rodríguez y sus partidarios que se desvincularán del proyecto antes de las elecciones. Aunque los republicanos más federalistas no siguieron su ejemplo, esto apartó del movimiento una parte no pequeña de su potencial base urbana, lo cual disminuía claramente unas posibilidades de emular el modelo catalán de por sí no excesivas.

En todo caso, SG se esforzó por conseguir su objetivo principal que era, al igual que en Cataluña, abrir por la vía electoral una grieta en la ciudadela de la Restauración lo bastante grande para que las fuerzazs coaligadas pudiesen cambiar el sistema. De aquí el programa inicial de grandes mítines destinados a crear una conciencia política necesaria. Los primeros actos importantes se basaron en la *tournée* de primeros espadas de la política española para impresionar a la opinión pública. Y realmente, el equipo que desembarcó en Galicia era bastante impresionante. El 7 de octubre tuvo lugar en el Teatro Pardo Bazán de Coruña el acto más sonado. Hablaron Salmerón, Vázquez de Mella, Rodrigo Sanz, el catalanista de izquierda Felipe Rodés, el diputado federalista Vallés i Ribot y el también diputado Durán i Ventosa, de la Lliga. El blanco preferido de todos los oradores fue el

22. *Solidaridad Gallega. Manifiesto. La Coruña, septiembre de 1907*, Tipografía y Papelería de F. García Ybarra, 17 ps. Los contenidos básicos del Manifiesto pueden resumirse en: regeneracionismo español basal, denuncia del atraso de Galicia y de España, necesidad de cooperación entre las clases para superarlo, impreciso reformismo social y agrario, y sobre todo apuesta por una transformación radical del sistema político para lo que era imprescindible la creación de un espíritu ciudadano activo, base de un movimiento solidario y transitoriamente superador de las banderías políticas que acabase con la manipulación política de las masas por parte de los viejos partidos, vía el clientelismo, e instaurase la autenticidad del sufragio y de la representación territorial, así como la honestidad y la eficacia en el ejercicio de la función pública.

caciquismo. Pero la jornada tuvo sus problemas. Los lerrouxistas y otros republicanos disconformes, que el día anterior habían repartido panfletos acusando a Salmerón de traidor y llamando a boicotear el acto, intentaron reventarlo pero fueron acallados por la mayoría de los asistentes.

Pero estos prometedores comienzos no tuvieron continuidad suficiente, sobre todo fuera de Coruña y Ferrol, como demostraron los resultados en las elecciones generales. Lo que en Cataluña marcó un antes y un después para la propia Cataluña y para la política de todo el Estado con el triunfo arrollador de SC, en Galicia fue un fracaso total que dejó a SG sin representación en Madrid. El sistema de la Restauración demostró en Galicia una fortaleza a prueba de solidaridades y el modelo catalán se reveló inalcanzable pese a los esfuerzos que se hicieron por imitarlo. En cambio, el solidarismo gallego derivó por una senda agrarista, en la que cosechó algunos frutos más tangibles a corto y largo plazo. Pero este es un aspecto en el que aquí no cabe entrar.

#### LA BREVE ALIANZA DE LA LLIGA Y LAS IRMANDADES DA FALA EN 1917-1918

Los años que median entre el ocaso de la Solidaridad y 1916 son de oscurecimiento casi total del galleguismo político. Las primeras señales de reactivación se producen en Madrid. Allí residía Rodrigo Sanz, el líder solidario, y allí se agrupaba un puñado de regionalistas, unos veteranos de la etapa anterior, otros recién llegados a la preocupación galleguista. Son ellos los que promueven la revista *Estudios Gallegos* (1915-1916), que dirige Aurelio Ribalta. Sus planteamientos son todavía ortodoxamente regionalistas, pero la publicación cumple bien el papel de espoleta del nuevo resurgir, pues su estímulo genera en Galicia las primeras reacciones meses después.

El 5 de enero de 1916, un periodista de *La Voz de Galicia*, Antonio Villar Ponte, hasta entonces políticamente alineado con el republicanismo federal, inicia desde el diario su personal cruzada en favor de la creación de una Liga de Amigos del Idioma y publica en

marzo el folleto *Nacionalismo gallego (Apuntes para un libro) Nuestra afirmación regional*. La propuesta es bien acogida por sectores ideológicamente muy dispares de la prensa, incluida la católica, e incluso se presentan mociones de apoyo en los ayuntamientos de Coruña, Santiago y Vigo. Animado ante el éxito de su iniciativa, y siguiendo los consejos de su hermano Ramón, Antonio convoca para el 18 de mayo una reunión en los locales de la Real Academia Gallega, a la que acude «un grupo de entusiastas de la causa de nuestra región», formado por unas cuarenta personas entre regionalistas de siempre y recién llegados procedentes tanto del republicanismo como del tradicionalismo católico. Se acuerda la creación de la Hirmandade dos Amigos da Fala, se aprueban sus Estatutos y se elige la primera directiva. Comienza así la transición a una nueva fase evolutiva del galleguismo, aunque probablemente la mayoría de los presentes en el acto no eran conscientes de ello, convencidos de que se trataba de un acto regionalista más.

Pequeños grupos de otros lugares siguen pronto el ejemplo coruñés. El 28 de mayo convergen en Santiago los herederos del tradicionalismo brañista (Cabeza de León, Juan Barcia, Miguel Gil Casares) con jóvenes demócratas (Luis Porteiro, Manuel M<sup>a</sup> González) e incluso un dirigente obrero tan significado como José Pasín. En esta heterogeneidad ideológica, y su consiguiente inestabilidad organizativa, la Irmandade compostelana es al principio la más representativa del forcejeo izquierdas-derechas que caracterizará la andadura del nacionalismo gallego hasta 1936. Entre junio y agosto se constituyen las restantes agrupaciones de esta primera hornada: Monforte, Pontevedra Ourense y Vilalba, a las que se sumarán después otras, como Ferrol, Lugo o Betanzos, hasta un máximo de veintiuna. Sus objetivos explícitos son, de entrada, casi exclusivamente culturales: difundir el uso oral y escrito del gallego (lo que inaugura en el galleguismo un monolingüismo sistemático que no se había dado antes), defender la cultura autóctona en todas sus manifestaciones, estimular el conocimiento y el amor por el pasado y el presente de Galicia, incluido el culto a las grandes figuras del galleguismo anterior. Aunque hablan también de descentralización política y de estudiar y solucionar los problemas socioeconómicos del país, esta segunda parte de su mensa-

je queda algo desdibujada de momento. En función de tales objetivos, el tipo de organización que adoptan —y que en lo esencial se mantendrá hasta 1931, con excepción de la Irmandade Nazionalista Galega de 1922-1924— es más propia de una red de clubes que de un partido político. Y las primeras actuaciones se ciñen consecuentemente al ámbito patriótico-cultural: creación de coros y danzas, conferencias, cursos de gallego, excursiones, exposiciones, conmemoración de efemérides patrióticas.

Tan inofensiva ejecutoria explica que casi toda la prensa y buena parte de las fuerzas políticas acoja con cariño o, en el peor de los casos, con indiferencia a las Irmandades. De hecho, en 1916-1917 crece en los diarios, sean liberales o católicos, el número de poesías en gallego, las reseñas elogiosas de todo acto galleguista, cautas llamadas a una leve descentralización administrativa y artículos que rezuman el más sesudo regionalismo *sano y bien entendido*. Y ya que, al parecer, sólo se trataba de usar el gallego de vez en cuando y fomentar el folklore, hasta algunos caciques del turnismo se apuntan sin empacho a la empresa.

Pero en noviembre de 1916 las cosas empiezan a cambiar. Decisiva en ello es la aparición de la segunda *A Nosa Terra*, órgano oficial de las Irmandades. Desde esta fecha hasta julio de 1936 será, con periodicidad y formato variables, el gran portavoz del nacionalismo. Al comienzo cumple además la función de aglutinador y arma propagandística de quienes, dentro del movimiento, no se conforman ya con su exclusiva dimensión cultural y quieren convertirlo en una fuerza política. A ello contribuyen los textos de Porteiro, Lugrís, Cabanillas y los hermanos Villar Ponte, que van estableciendo una doctrina proto-nacionalista y combaten con acritud creciente a todos aquellos que, desde dentro o desde fuera, se empeñan en que el galleguismo siga bloqueado en ese regionalismo de gaita y juego floral. Al final su postura prevalecerá. Pero para ello será precisa una transición de más de dos años —hasta noviembre de 1918— durante los cuales la actividad cultural, siempre importante, cede progresivamente terreno a la propaganda y la acción políticas.

Las Irmandades, conscientes de su débil implantación, deciden no competir en las elecciones municipales de noviembre de 1917 y acon-

sejan a sus afiliados que apoyen las candidaturas ajenas al caciquismo y a *los políticos de Madrid*, lo que en la práctica significaba votar a republicanos o a católico-traditionalistas. Con todo, algo consiguen por la vía indirecta de incluir algún afiliado en otras listas. Y así, obtienen una concejalía en Coruña y dos en Santiago.

Al mismo tiempo va fraguando la colaboración política con la Lliga Regionalista. El deseo de las Irmandades de establecer una alianza con el catalanismo es muy temprana. Los primeros contactos hacen anunciar en noviembre de 1916 una próxima visita de los líderes catalanes a Galicia. Este viaje se va aplazando, pero en los primeros meses de 1917 hay ya indicios claros de colaboración. En enero Cambó defiende en el Congreso el ferrocarril de la costa, lo que da pie a una cascada de elogios en *A Nosa Terra*. En octubre, atendiendo una petición de las Irmandades, hace gestiones para el envío urgente de sal a los campesinos de Lugo. *La Veu de Catalunya* empieza a informar de la actividad galleguista y en *A Nosa Terra* proliferan las adhesiones a la política de la Lliga y los llamamientos a seguir el ejemplo catalán. Incluso publica un artículo de Cambó escrito ex profeso.<sup>23</sup>

Por fin, en septiembre, en la estela de la gravísima crisis provocada por la Asamblea de Parlamentarios de julio, la huelga general de agosto y la suspensión de garantías constitucionales, Cambó visita la IF de Coruña y otros lugares de Galicia para ganarse aliados fuera de Cataluña. En una reunión con Antón Villar Ponte, Rodrigo Sanz y otros se acuerda el programa de actuación de los meses siguientes. El primer punto de ese programa se cumple entre el 25 de noviembre y el 4 de diciembre. A invitación de la Lliga, la plana mayor de las Irmandades desarrolla una Semana Gallega en Barcelona. Diez días después los catalanes devuelven la visita. Cambó, Comas y Rahola protagonizan mítines y conferencias en A Coruña, Santiago y Ourense, lo que da a las Irmandades una resonancia pública que nunca hubiesen podido conseguir por sí solas.

A juzgar por la correspondencia que se ha conservado en el archivo personal de Antonio Losada,<sup>24</sup> los catalanes marcharon satisfechos

23. Vid. los números 9, 20, 23, 25, 30 y 38.

24. Vid. Justo BERAMENDI, 2007, *op. cit.*, 452-460.

de la experiencia y convencidos de que merecía la pena arriesgar algo de tiempo y de dinero en ayudar a crear un nacionalismo gallego a su imagen y semejanza. Con el fin de que este tuviese un diario propio, iniciaron gestiones para comprar *El Noroeste* de Coruña, cosa que se hizo efectivamente en enero reuniendo aportaciones de simpatizantes de la ciudad a las que se sumaron unas 150.000 pesetas aportadas por la Lliga. Cambó envió a Coruña a Pere Muntanyola como administrador y se nombró director a Antón Villar Ponte. Todo esto tenía como meta un nuevo asalto electoral al monopolio del turnismo.

En la organización y orientación de la campaña de las Irmandades quien decide siempre en última instancia es Cambó, aunque delega en Rodrigo Sanz la coordinación y en Luis Porteiro el peso del trabajo organizativo. Al principio piensan presentar candidaturas en un gran número de distritos pero los objetivos se van recortando más y más con el paso de las semanas. Cambó impone una línea moderada y esto crea desde el principio fuertes tensiones con la izquierda de las Irmandades, empezando por su fundador, Antón Villar Ponte, que es relegado como candidato en Coruña a favor del cuasi tradicionalista Antonio Valcárcel y que sufre continuas interferencias de Muntanyola en la dirección del periódico hasta que acaba dimitiendo.

Al final los ambiciosos planteamientos iniciales (lanzar contra el turnismo a todos los *outsiders* políticos no obreros, en una especie de segunda Solidaridad) quedan reducidos a la mínima expresión, pues no cuaja la gran coalición con mauristas, socialcatólicos y republicanos. Ni siquiera se pueden presentar las candidaturas de Rodrigo Sanz en Pontedeume y Antonio Valcárcel en A Coruña, con lo que sólo se compite, y se pierde, en tres distritos menores: Luis Porteiro en Celanova (Ourense), Francisco Vázquez Enríquez en Noia (A Coruña) y Antonio Losada en A Estrada (Pontevedra). La decisiva influencia de este último en O Carballiño (Ourense) permite al joven maurista José Calvo Sotelo obtener su primera acta de diputado y comenzar su fulgurante carrera política. Dudoso honor este para el naciente nacionalismo gallego como se demostraría después.

El fracaso electoral abre un creciente distanciamiento con el catalanismo conservador, que se convertirá en ruptura y hostilidad abierta cuando Cambó consolide su colaboracionismo con la monarquía.

Al mismo tiempo, la pugna interna de las Irmandades se salda con la derrota de los regionalistas, laicos o católicos, y el nacimiento del nacionalismo gallego en la I Asamblea Nacionalista (Lugo, 17-18 de noviembre de 1918), cuyo Manifiesto, que define Galicia como nación y propone la democratización radical del sistema político y un Estado español cuasi confederal, constituye la base común de todos los programas del nacionalismo hasta al menos la Segunda República.

A partir de aquí, aunque el deseo de emular al nacionalismo catalán sigue tan fuerte como siempre, hay un cambio de actitud. Algunas experiencias humillantes durante la alianza de 1917-1918, en la que la prepotencia de la Lliga se ejerció sin disimulos, así como la moderación y el tacticismo posteriores de Cambó, hicieron que la mirada con que el naciente nacionalismo gallego contempló Cataluña y el catalanismo fuese en el futuro mucho más crítica y que sintiese una creciente inclinación a entenderse más con su ala izquierda, aunque no fuese hegemónica. Pero esto queda fuera del ámbito de este trabajo.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

De todo lo expuesto se deduce, al menos en mi opinión, que la dimensión mayor de la interacción entre galleguismo y catalanismo en el siglo XIX, y en cierta medida también en el XX, está en el rol de modelo emulativo que juega el segundo respecto del primero. Esto contrasta con la acusada indiferencia que muestra el galleguismo hacia el fuerismo y el nacionalismo vasco hasta los años de la Segunda República, indiferencia que se debe probablemente a que las matrices ideológicas dominantes en uno y en otro eran opuestas: el liberalismo progresista-demócrata en el caso gallego, el tradicionalismo en el caso vasco.

Siguen en importancia las relaciones propiamente políticas, relaciones asimétricas, pues siempre es el catalanismo el que ha de ayudar al galleguismo. Y también efímeras y con un saldo negativo para los objetivos de ambas partes. Las enormes diferencias en la contextura socioeconómica y en la valoración de la propia etnicidad entre ambos pueblos, y la consiguiente distancia entre los intereses políticos de

ambos movimientos, prevalece siempre sobre las voluntades de las minorías organizadas. Esta historia se repetirá, aunque en un plano superior de desarrollo del nacionalismo gallego, en los sucesivos intentos de establecer alianzas estables para la consecución de objetivos comunes durante el siglo xx: la Triple Alianza de 1923, la primera Galeuzca de 1933, la segunda Galeuzca de 1945 y la Declaración de Barcelona de 1998.

Pese a su fascinación por el catalanismo, el galleguismo mantiene en todo momento una dinámica autónoma que a veces llega a la divergencia explícita. Esta autonomía es mayor aún en el plano ideológico. En efecto, llama la atención la debilidad de las relaciones propiamente teóricas entre el galleguismo y los otros regionalismos/nacionalismos peninsulares, incluido el catalán. Esta notable estanqueidad ideológica hace que las citas y referencias a ideólogos catalanes (o vascos) en los libros, folletos y revistas del galleguistas durante el siglo xix y el primer tercio del xx sean muy inferiores en cantidad y, sobre todo, en incidencia discursiva a las procedentes de autores federalistas, regeneracionistas y tradicionalistas de referente nacional español.